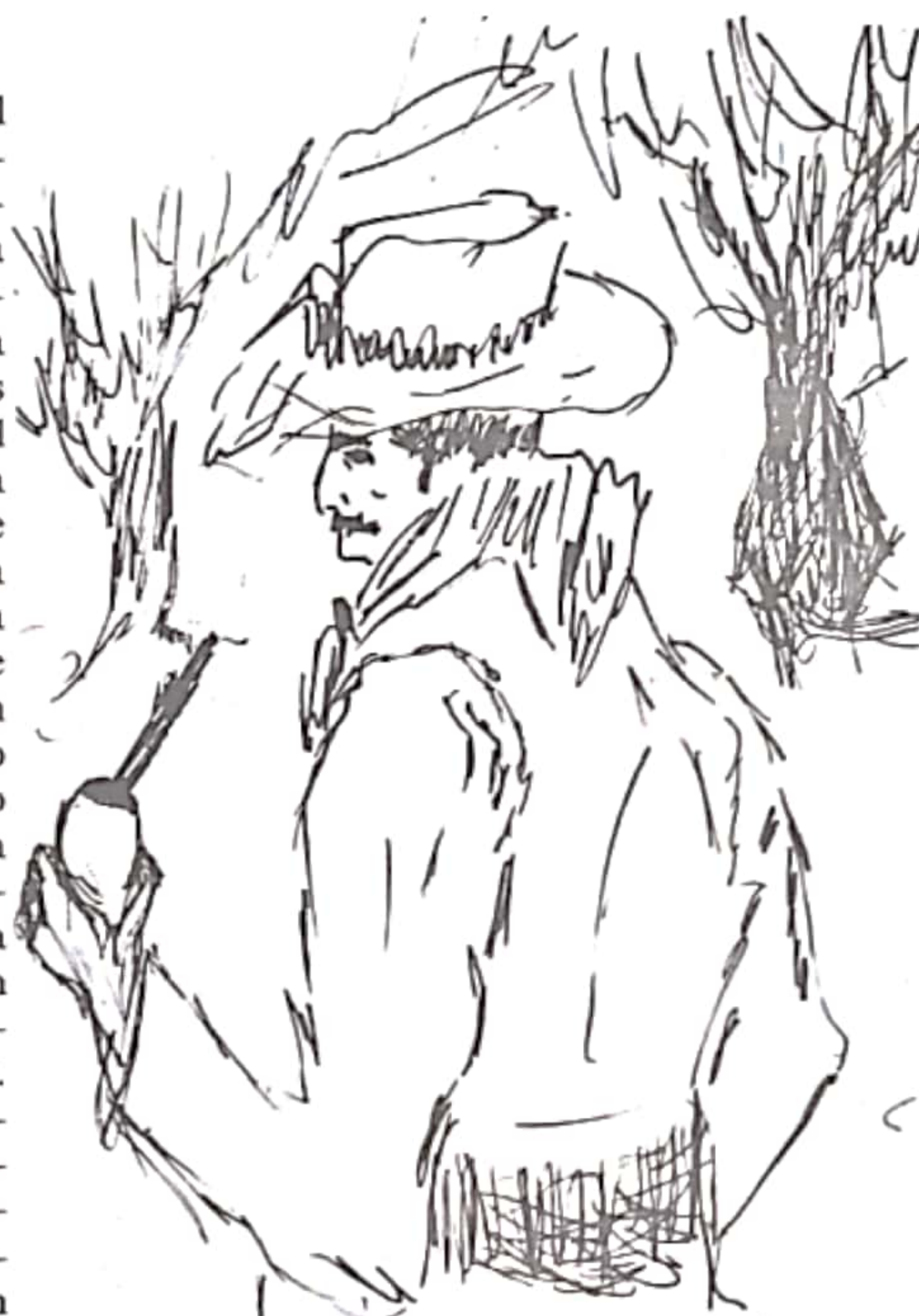


Fragmento:

Los tejedores de la noche

La casa protege de las inclemencias del tiempo y es la guarida del hombre sedentario, lo cual no impide comprobar que también el nómada usa de la choza o de la mansión para olvidarse momentáneamente de sus andanzas. Pero a la hora de la verdad, ambos asumen sus auténticas tendencias y no mudan de parecer. En el sedentario predomina la sensatez y calibra el porvenir mirando sus intereses y los de su prole; dicho de otra manera, arriesga hasta donde se lo permite su naturaleza precavida y poco influida por el llamado de la aventura; en él se deposita la tradición de las tribus que abandonaron el desierto para acceder a la comodidad y el desaliño espiritual, aunque de boca para afuera sean hostiles a la docilidad y el embrutecimiento. En estos individuos la familia pesa mucho y la descendencia hereda un repertorio de ideas para encubrir o escabullirse de la fatalidad de vivir para morir. Es natural entonces que el hombre sedentario sienta desazón frente al nómada, que puede ostentar equilibrio y mundanidad, sin que esos atributos logren empero ocultar su virtud fundamental: mirar con sus ojos de tigre la ciencia de los territorios aún no hollados. Como cualquiera, el nómada procrea, ama o cree amar y es capaz de conmovedoras hazañas para mantener correspondencia con la mujer y el mundo entero. Entonces bajo un techo precario llegan los hijos que, como sus progenitores, llevan desde el vamos las señales del caminante: buscan las tetas por instinto de conservación persiguen tesoros que carecen de sentido para el común de los mortales: árboles extraños, bibliotecas encantadas, aguas que provienen de los sueños, palabras con sonidos de otros tiempos, piedras que ofician de talismanes, animales parecidos en todo a los hombres menos en la crueldad, lugares que frecuentaron tribus guerreras, fotografías del tiempo en que la fotografía era un asombro para los ojos, mujeres con cabelleras largas, cantores cuchilleros, noches cálidas en ciudades bulliciosas, cantinas para bohemios, barrios que alcanzaron prestigio por obra de los malhechores y, finalmente, la voz cariñosa que viene con el tiempo plenamente vivido a la intemperie.

Curioso o no, tales arquetipos trascienden los límites de cualquier época y no cambian ni siquiera cuando los seres humanos pierden la memoria y confunden el orden de los acontecimientos interiores. Pero el engaño no cabe: el sedentario es cortés mientras que el nómada puede no serlo sin dejar de ser cordial; el primero sabe de las buenas costumbres impuestas por sus antepasados y así procede, en tanto que el segundo puede pasar por antisocial sin mermar la solidaridad aprendi-



da en los temblorosos laberintos de su espíritu; el sedentario es fiel a su esposa pero en su alma reposa el hipócrita que desea incursionar de malas maneras en reinos femeninos aparentemente intocables; el nómada, por el contrario, se comunica a través de su compañera con infinidad de mujeres que ni siquiera conoce; el sedentario es sensible al significado del triunfo y alimenta esa ilusión en todos los actos de su vida; el nómada, sin desmerecerse ante los demás o ante sí mismo, parece estar hecho de la fibra del olvido; el primero atiende las cosas de este mundo como si el mundo hubiera de existir indefinidamente; el segundo siempre está llegando con un halo de eternidad. Es natural entonces que, habiendo visto casas de adobes y construcciones regimentadas por el confort, el nómada no haya tenido ninguna y haya depositado la densidad de sus sueños en el aire que respiran todos, lo que equivale a dormir con los ojos abiertos, comer lo necesario y llevar en el cuerpo imágenes que terminarán apareciendo en el sueño o en la vigilia, como le sucede a cualquier animal entendido en soledades; la guarida es él y no puede delegar el sentido de ese íntimo recinto a elementos materiales atados a un solo lugar de la tierra. Y siendo ese individuo la última zona del silencio y de la palabra, es justo que no haya guardado nada para sí, salvo la imaginación que hace de trampolín para llegar donde su alma quiere ir. Si todo es natural, por qué no considerar natural una casa inventada, sin relojes, quizás con una reducida biblioteca, geranios y siemprevi-

vas, un lecho ondulante en el centro de la habitación, voces de épocas diversas, aromas conseguidos a punta de sufrimiento, sillas rústicas construidas por nómadas para sedentarios, cuadros de estilos contrapuestos en las paredes, cuadernos y plumafuentes para atrapar el misterio de la memoria, agua clara en las cañerías, vino en la bodega y la infinita seguridad de que nada seguro hay en el mundo salvo las construcciones que levantan los caminantes. Por lo tanto, después de tantos senderos y noches de lluvia, es una premonición inequívoca que Pamela reaparezca con su propia tormenta tropical, porque como bien se sabe los años borran las diferencias de edad para que los niños alcancen la estatura de la mujer que se plantó para siempre en sus veintisiete veranos: calzada con sandalias, una peineta en el pelo, blusa ligera y falda ancha y florida, aromosa como el amanecer, con la lengua de los ríos en su garganta. Y eso es precisamente lo que ocurre: Pamela sonriente, tórrida desde la cabellera rojiza hasta sus pies desnudos, recobrada de su propia tempestad, apenas un vago recuerdo el pahuíchi rodeado de palmeras en donde un joven oficial la inició en la locura. Y ahora a solas conmigo en una casa donde lo que estorba no existe, como corresponde a quienes pertenecen a la raza que no infringe el oncenno mandamiento. Y mientras descorchamos un vino y brindamos sintiendo correr la sombra de los ríos de la tierra, descubro que una incógnita complicidad se abre paso y nos desnuda en un lecho que fue de otros desde el comienzo del mundo y ahora es nuestro por una eventualidad que se llama vida intocada, destino invulnerable, rumbo secreto, y mientras navego en su cuerpo y me navega, la veo como fue desde moza: colegiala por un lado, linyera por el otro, sensata mujer, y quizás la puta que va feliz tras los hombres que nacieron para caminárselo al desierto, ajena al cansancio, partida en dos en las noches interminables de esa travesía, reconstituida al alba y otra vez devorada por animales de oscura filiación que reconocen al amanecer las últimas estrellas con la cabeza recostada en el pelo de la primera Pamela que se alzó sobre la tierra para reproducirse una y otra vez allí donde cualquier mujer haya sido tocada por los misterios de los encuentros y desencuentros amorosos.

El 27 de julio se presentó en Santa Cruz, la novela "Los Tejedores de la Noche" del escritor Jesús Urzagasti.